



CAPÍTULO III.

()

LA REALIDAD DEL DILUVIO DEMOSTRADA
POR LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHIS-
TORIA.

ARTÍCULO I

Al empezar la edad del Reno hubo una completa interrupción y una perfecta sustitución en la industria humana, por lo menos en Europa.

§. I. ESTADO ACTUAL DE LAS SOBREDICHAS
CIENCIAS.



EMOS expuesto alguna que otra de las muchas dificultades geológicas, que en la teoría de un diluvio universal, entendido como nosotros lo entendemos, se resuelven perfectamente, y que no pueden resolverse en ninguna otra.

Ahora pasamos á dificultades de otro orden, queremos penetrar en el escabroso

terreno de la Antropología y de la Prehistoria. Aquí se nos ofrecen desde luego miles de cuestiones delicadísimas y trascendentales, cuya solución se hace, hoy por hoy, tanto más difícil, cuanto que las ciencias antropológicas están aún por formar, y apenas poseen un dato seguro. Los hechos son muy escasos y demasiado controvertidos, para que nos puedan servir de base firme; quisiéramos examinarlos á la luz del diluvio universal, para que se viera claro cuán conformes están las demostraciones verdaderas de la ciencia, con las verdades reveladas; pero... la ciencia en este punto aún no ha demostrado nada. Los antropólogos disputan, escriben, celebran ruidosos congresos, mas hasta el día, semejantes á los antiguos sofistas, saben defender con la misma facilidad el *pro* y el *contra* de cualquiera cuestión, sin hallarse jamás conformes en una sola. Poco importa que eleven hasta las nubes *su ciencia*, porque una ciencia que aun carece de todo principio seguro y base firme, por más trascendental que sea, es simplemente un nombre vano y retumbante, una columna... de humo, que la derriba y desvanece un soplo.

A diferencia de la Geología, que es ya una ciencia formada, y que, á pesar de no hallarse, con respecto al período cuaternario, muy adelantada todavía, presenta, con todo eso, acerca de él, muchos datos segurísimos y hechos incontrovertibles, que nos pueden ser-

vir de base, y en los cuales nos hemos apoyado para hacer ver su absoluta conformidad con las verdades reveladas; la Antropología y la Prehistoria están por formar, y no nos ofrecen aún nada de positivo. No hay en ellas un hecho, que no tenga sus adversarios, ni una afirmación, que no tenga numerosos contradictores.

Las diferentes sucesiones de la industria humana, las fases de la edad de piedra, establecidas por Mortillet, hoy tienen ya más enemigos que amigos. Pues bien, por lo que hace á las razas prehistóricas, nadie se puede atrever á asegurar con certeza, cuáles fueron las primeras, ni con qué orden se sucedieron, aun siquiera con respecto al centro de Europa. Un cráneo, más ó menos mal conservado, con caracteres difíciles de interpretar, y hallado en yacimientos tan dudosos, que se han tenido no pocas veces por terciarios, siendo en realidad depositados en la edad reciente; he ahí el fundamento en que estriba el orden y sucesión de las razas (1).

(1) El Sr. Cartailhac, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, en su reciente obra, *La France Préhistorique*, en el capítulo intitulado *Osamentas humanas en los aluviones*, se expresa de esta manera: «Debemos aún añadir que, en la mayoría de los casos, es difícil tener una confianza absoluta en la edad de esos restos. Las causas de removimiento de las capas que las contienen, son numerosas, y además, con frecuencia, las observaciones carecen de precisión ó de autoridad.» Y más adelante, al finalizar su trabajo, termina diciendo (p. 328): «La

§. II. LAS CIENCIAS PREHISTÓRICAS NECESITAN FUNDARSE EN DATOS GEOLÓGICOS SEGUROS.—BASE DE NUESTRO SISTEMA.

SIN embargo, fijándonos sólo en los hechos menos dudosos y más comunmente admitidos y tomando como base las seguras enseñanzas de la Geología, vamos á ensayar la manera de estudiarlos á la luz del diluvio, para hacer resaltar la verdad de los que pueden ser verdaderos y la falsedad de los falsos; ya que no podemos ensayar una verdadera concordancia, pues nos falta uno de los términos.

«La Geología nos enseña, decía el ilustre Hebert (1) en el Congreso antropológico de

mayor parte de estas piezas, á la verdad, no están datadas, y no hallarian, sin duda, gracia ante un jurado de geólogos, habituados como están á un gran rigor, y á no contentarse con probabilidades superficiales. Admitiendo un veredicto favorable, se debe preguntar si una serie tan restricta de cráneos incompletos y de mandíbulas podrá aclarar seriamente el complicado problema del origen y de la historia de las razas humanas fósiles.»

«En la paleontología humana, añade enseguida, apropiándose las célebres y sabias palabras del profesor Serres, el error nos amenaza por tantos lados, que no se acertará á tener suficiente precaución en las inducciones que se deducen de la consideración de los restos óseos.»

(1) V. Cotteau *Le Préhistorique*, p. 112 y 113.

Bruselas, que por encima de los terrenos cuaternarios inferiores (1) existe una laguna, un *hiatus* considerable, que debe necesariamente corresponder á una laguna de la misma naturaleza en los hechos arqueológicos. Diga lo que quiera el Sr. Fraas, los animales, cuyos restos se hallan en las capas inferiores, no son los mismos, que aquellos que caracterizan los depósitos superiores.»

Estas palabras fueron oídas, con muchas muestras de aprobación y complacencia por el Congreso; y el Sr. Cotteau, resumiéndolas escribe (2): «Solamente después del depósito de arcilla roja, con sílex quebrados, es cuando vienen los yacimientos superiores del señor Mortillet, y, probablemente, la mayor parte de las capas formadas en las cavernas. *Mientras se depositaban las arcillas rojas, el hombre no podía vivir en Europa, que, en gran parte, estaba sumergida*» (3).

¿Podían hablar estas dos grandes eminencias, de una manera más clara de la extraordinaria y prodigiosa inundación que produjo al *loes*, cuya capa superior, metamorfoseada, son esas *arcillas rojas*?

(1) Entiende por terrenos cuaternarios inferiores, los formados antes de la edad del reno; el *hiatus* se refiere al momento en que se acabó de formar la arcilla roja (*loes*), como puede verse por el contexto del discurso.

(2) *Obra citada, ibid.*

(3) V. Hebert, en el *Bull. Soc. Géol.*, 22 de Octubre de 1877, p. 742.

Nosotros estamos pues perfectamente conformes con tan sabia apreciación; al depositarse el loes, ya no podía haber hombres en Europa, pues habían perecido ahogados. Este es un hecho segurísimo, adquirido por la ciencia, y en el cual creemos que no tardarán en convenir la inmensa mayoría de los sabios; un hecho, que teníamos ya probado hasta la evidencia, y que con la respetable opinión de Hebert y de Cotteau, que muestra bien á las claras seguirla, y aún, podíamos añadir, de la mayoría del Congreso, que la oyó con señales de aprobación, acaba de quedar del todo confirmado.

Fundados pues en él, vamos á determinar, lo mejor que nos sea posible, cuáles sean las razas y las industrias antediluvianas y postdiluvianas en Europa. Serán antediluvianas todas aquellas cuyos restos se hallan en el loes ó depósitos más antiguos, si consta que no han sido introducidos allí por mano del hombre, y que los yacimientos se hallan intactos y nada removidos. Y serán postdiluvianas, las que han dejado señales de su existencia en formaciones posteriores al loes, ó bien en este mismo, pero depositadas artificialmente. Todas las otras serán más ó menos dudosas, y no podremos determinar, con entera seguridad, la época á que pertenecieron.



§. III. LAS POBLACIONES NEOLÍTICAS SON POSTERIORES AL DILUVIO, PERO NO SON LAS PRIMERAS POSTDILUVIANAS EN EUROPA.

PUES bien, á juzgar sólo por la industria y por las razas, lo que á primera vista se le podría ocurrir á uno es, que la interceptación causada por el diluvio se halla entre la edad paleolítica y la neolítica. «Todo el mundo reconoce, dice á este propósito el señor Quatrefages (1), que las poblaciones neolíticas han venido de lejos, y han traído consigo industrias hasta entonces desconocidas... y un nuevo estado social.» «Cierta número de tribus, añade en otro lugar (2), siguió el curso del sol y llegó á Europa. Aun hoy mismo, las osamentas de animales y las semillas que hallamos en las ciudades lacustres ó en los dólmenes, atestiguan el origen extranjero de los hombres neolíticos, y nos dan noticia acerca de una de las grandes etapas en que se habían detenido aquellos de nuestros padres, que trajeron consigo, hasta los últimos límites occidentales del continente, los primeros elementos de toda civiliza-

(1) *Introduction à l'étude des Races Humaines*, p. 117.

(2) *Ib.* p. 140.

ción, la cultura del suelo y los animales domésticos.»

Es un hecho universalmente reconocido, que las razas neolíticas han venido del Oriente, trayendo consigo una civilización relativamente avanzada. Y según el Sr. Belgrán quiso hacer ver ante el mencionado Congreso de Bruselas, «una revolución meteorológica ha causado la transición de la época cuaternaria á la de la piedra pulimentada (1).»

Las razas neolíticas son pues del todo posteriores al diluvio, y sus aventajadas industrias nos atestiguan la gran civilización que, muy pronto después del cataclismo, se debió desarrollar dentro del Asia. Allí en las grandes llanuras del Sennaar, gozaban los hombres de un clima bien diferente del característico de la edad del reno, que nuestro continente experimentaba entretanto. Allí crecían y prosperaban, hasta construir el gran monumento comenzado por la soberbia y terminado por la confusión. Sin poder entenderse ni permanecer por más tiempo reunidos en Babel, emigraron en diferentes sentidos; pero los que se dirigieron hacia el N. O. al hallarse con el fríasimo clima, que á la sazón reinaba aún en Europa, no se atrevieron á pasar adelante, y se quedaron cerca del

(1) V. Cotteau, *Le Préh'storique*, p. 114.

Cáucaso, estableciéndose en la Armenia y en otros países circunvecinos.

Entretanto, lejos del centro de la civilización y de la ciencia, fueron olvidando muchos de los preciosos conocimientos que habían adquirido en la infancia; pero siempre conservaron no pocas reliquias de su antigua y floreciente industria, sobre todo en aquellas cosas que más se relacionaban con sus necesidades diarias, Al irse allí multiplicando, debieron irse á la vez rehaciendo de su decadencia, mientras que en la Europa se iba dulcificando el clima y sucediendo un régimen mucho más templado y suficientemente húmedo.

Entonces, hallando ya abiertas las puertas de este nuevo mundo, el instinto de la emigración, que les dominaba, les hizo irse lanzando, unos en pos de otros, en busca de nuevas y hospitalarias tierras, en que pudieran dilatarse, para consagrarse de lleno á su vida esencialmente pastoril, y algún tanto agrícola.

Pero al ir penetrando en Europa, se hallaron con otras varias razas inferiores, que les habían precedido durante la edad del reno, y que sólo poseían ciertas industrias rudimentarias. No les fué difícil, en virtud de su propia superioridad, y de sus perfectísimas armas, y aun quizá de su mayor número, avasallar y absorber á aquellos antiguos habitantes de las cavernas. Sin embargo, muchos de éstos conservaron por largo tiempo

su independencia y su género de vida, á causa de su aislamiento y de vivir en parajes que los invasores no envidiaban; más la inmensa mayoría quedaron absorbidos por éstos ó emigraron hacia el Norte en prosecución del reno, su caza favorita.

Así se verificó bastante repentinamente, el notabilísimo cambio de las razas inferiores por otras superiores y de la edad paleolítica por la neolítica.

Los hombres de esta última edad, aunque estaban muy lejos de la vida floreciente de los países de donde se habían dispersado, traían empero consigo los elementos de una duradera y sólida civilización: *la cultura del suelo, y los animales domésticos*, como dice muy bien Quatrefages. Así quedaron substraídos á los azares de la caza, y tuvieron asegurado el sustento diario.

Además sabían fabricar preciosas armas de piedra, ya que las metálicas, por no hallarse en todas partes los materiales, ó por no saber todos la manera de explotarlos, habían quedado entre ellos, desde hacía mucho tiempo, en desuso y casi en olvido. Sin embargo, bien pronto, ya fuera por el roce con otros pueblos venidos del Oriente, bien porque algunos de ellos conservaran quizá ciertas nociones de metalurgia, empiezan á usar, junto con la piedra, ciertos instrumentos, de cobre primero, luego de bronce y mucho más tarde de hierro.

Hemos dicho que los hombres neolíticos, al llegar á Europa, la encontraron ya más ó menos poblada por otras razas inferiores; eran éstas las de los antiguos trogloditas de la *edad del reno* y las que más tarde empezaron á acumular esos depósitos formados de productos de la caza y de la pesca, con varios restos de cocina, y que se conocen con el nombre de *kiokenmodingos* ó paraderos.

De manera que las razas neolíticas, si bien acabaron por ocupar toda la Europa, no fueron en realidad las primeras en poblarla después del diluvio. Durante aquel frío intensísimo de la *edad del reno*, había ya en nuestros continentes algunas tribus, si bien no muy numerosas, que se guarecían en las cavernas, y por esa razón se llaman *trogloditas*, y que no conocían más que la piedra tallada, pero no la pulimentada; estas fueron pues las primeras que habitaron en nuestros países después del gran cataclismo.

Determinar á punto fijo las razas á que pertenecían y las industrias que cultivaban, deslindándolas perfectamente de las antediluvianas, parece tarea casi imposible, con los escasos progresos que en este punto ha hecho la ciencia.

§ IV. LAS CUATRO FASES DE LA EDAD PALEOLÍTICA, ESTABLECIDAS POR EL SR. MORTILLET, CARECEN DE FUNDAMENTO, Y SÓLO EXISTEN DOS BIEN DESLINDADAS, LA «ACHEULIANA» Y LA «MAGDALENIANA».

Los sabios no quieren ver hasta el día más que una larga y continua sucesión de razas invasoras, verificada durante el largo período prehistórico, razas, que en algunos casos, lograron exterminar ó expulsar á algunas de las que les habían precedido; pero que de ordinario continuaron viviendo reunidas, ó unas al lado de otras. En cuanto á las industrias, tampoco ven más que un sucesivo perfeccionamiento, si bien este se verificó rápidamente de la edad paleolítica á la neolítica, por lo cual admiten algunos entre esas dos edades un *hiatus* considerable, mientras otros explican el hecho por una invasión de razas muy poderosas y adelantadas, que en poco tiempo absorbieron á las antiguas.

Nosotros estamos del todo conformes con esta última opinión (1), pero creemos á la vez

(1) Que no hay verdadero hiatus entre la edad paleolítica y la neolítica, y que esta división tiene, á lo sumo, un valor puramente local, lo prueban bien las siguientes palabras del Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 214 y 215): "Se expondría

que entre los hombres antediluvianos y postdiluvianos, lo mismo que entre sus respectivas industrias, se puede hallar una separación bastante marcada, por más que no la quieran ver los sabios, que, con no sabemos qué prisma, han examinado hasta el día la materia.

Creemos, y tenemos para eso bien sólidos

uno á cometer graves errores, admitiendo, sin otras pruebas, que dos poblaciones son ó no contemporáneas, tan sólo porque se parecen ó difieren en la manera de tallar la piedra, ó en el conocimiento de los diversos metales. He dicho ya cómo las artes de la piedra pulida debieron necesariamente ser muy anteriores á la llegada de las poblaciones neolíticas á Europa. Es evidente que estas trajeron á nuestros países industrias ya antiguas en el centro de donde habían salido; del mismo modo que nosotros hemos enseñado á las poblaciones salvajes las que nosotros poseíamos desde hace siglos. Seguramente que muchas tribus de nuestros cazadores de renos, que no conocían más que la piedra tallada, fueron contemporáneas de los hombres que pulían ya sus hachas, criaban ganados y sembraban trigo. Cuando se trata de la antigüedad relativa ó del sincronismo, no se puede por consiguiente concluir de Europa al Asia, partiendo de datos exclusivamente arqueológicos... La intervención de un pueblo iniciador ha hecho con frecuencia que razas enteras franquearan algunas de las diferentes etapas establecidas por los arqueólogos en los tiempos prehistóricos. En nuestros días, á consecuencia de sus relaciones con los Europeos, los Americanos pasaron bruscamente de las edades de piedra ó de cobre, á la de hierro; los Polinesianos no conocieron ni el cobre ni el bronce. Hechos análogos sucedieron en el pasado. Dinamarca no conoció la edad de cobre. Los Fineses de Finlandia pasaron, sin intermedio del cobre, al hierro y al acero.—Véase á este propósito á Al. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*; Chabas, *Etudes sur l'antiquité historique*.

fundamentos, que la *edad paleolítica* sólo presenta dos fases bien marcadas, y no cuatro, como con tanto aplomo establece Mortillet; porque las tres primeras, es decir, las que llama de *Saint-Acheul*, de *Moustiers* y de *Solutré* no se diferencian más que en un ligero perfeccionamiento en los sílex (1) y esto no basta para establecer edades, pues diferentes tribus y aun diferentes individuos pudieron simultáneamente tallar la piedra con distinta perfección. Por otra parte los sílex que se consideran como tipos de las tres finidas edades, se encuentran con frecuencia mezclados en un mismo yacimiento (2). Ade-

(1) Lapparent (*Géologie*, p. 1235) las describe así: "La más antigua sería aquella en que dominan los instrumentos triangulares ó amigdaloides, tallados en astillas por ambas caras y por retoques sucesivos. El tipo existe en Chelles cerca de París y en Saint-Acheul... De ahí los nombres de *chelleano* ó *acheuliano*. En seguida vendrían los instrumentos tallados por una sola cara, y formados con frecuencia por largas astillas à manera de *raspadores*. Es el tipo de la gruta de Moustier ó *mousteriano* de Mortillet... Quizá la fase de la Magdalena esté separada de la precedente por una etapa intermedia, en que los sílex, mejor tallados que en Moustier, no están acompañados de utensilios de hueso. Esa sería la industria de Solutré, ó el tipo *solutreano*."

(2) M. D'Acy, que posee una colección *chelleana* más considerable aún que la del Museo de *Saint-Germain*, protesta contra la unidad, que establecía Mortillet, de instrumentos en aquella época. "Me creo en derecho de afirmar, escribe (*Bull. Société anthropologique*, 1887. p. 163 y 222), que el útil *chelleano* está muy lejos de ser uno; que hay por el contrario en Chelles y en St.-Acheul una gran variedad de útiles ó de armas... Afirmino, escribe en otro lugar, hablando de este último yacimiento,

más los de *Saint-Acheul* debieran hallarse siempre acompañados de los restos del *Elephas antiquus*, sin embargo, eso acaece sólo en casos excepcionales, y en cambio existen en gran abundancia en medio de las gravas en que domina el *E. primigenius* (1).

Por estas y otras muchas razones, y muy particularmente por notarse aquí muy bien la manía de Mortillet, quien se empeña siempre en generalizar hasta los hechos más ais-

que todos los tipos se encuentran en todos los niveles, desde las capas que reposan sobre la creta, hasta la base del lodó... La superposición de un tipo á otro no existe, y los sílex de la forma de *Moustier* son tan abundantes en las capas inferiores como en las superiores... Mi colección encierra 385 ejemplares del tipo *acheuliano* y 230 del de *Moustier*, lo cual es ya una buena prueba de que este último no es tan raro como se supone... Véase la interesante obra, *Antiquités Nationales, Description Raisonnée du musée de Saint-Germain.—Époque des alluvions et des cavernes*, por S. Reinach, donde este ilustre sabio añade: "Tanto en Saint-Acheul, como en Chelles, hay instrumentos de tipos diferentes, que corresponden á diversas necesidades... Y en otro lugar (p. 94 y 95) se expresa de esta manera: "Cuando se afirma, como verdades de experiencia: 1.º que los sílex del tipo mousteriano están sobrepuestos á los del chelleano en todos los yacimientos no removidos; 2.º que los útiles de los mismos tipos se encuentran siempre en los mismos niveles geológicos y en compañía de la misma fauna; semejantes proposiciones, ya contestables para la Galia, resultan enteramente inadmisibles, cuando se trata de extenderlas á lo restante de Europa ó del mundo... La variedad de industrias cuaternarias es, sin duda alguna, incontestable; lo que no se ha probado es su superposición ó sucesión cronológica constante..."

Casi de la misma manera se expresa el Sr. Cartailhac, *La France Préhistorique*, p. 50-51.

(1) V. Lapparent, obra cit. *ibid.*

lados, si conviene á sus propósitos, de ordinario hostiles á la religión; sus infundadas divisiones han sido y son tantas veces desmentidas é impugnadas por los sabios de mayor competencia (1).

(1) Esas divisiones de Mortillet se van desacreditando más y más, de día en día; puede verse sobre este particular al abate Hamard, (en *La Science Catholique*, Mayo de 1887 y Noviembre de 1888) aunque no estamos conformes con todas las apreciaciones de este sabio geólogo.

En el último de los lugares mencionados (p. 762), escribe: «No estaba lejos (Mortillet) de extender á todo nuestro continente esa sucesión de los instrumentos de piedra; cuando *las más de las veces* los tipos en cuestión se encuentran no sólo confundidos ó intimamente mezclados, sino sobrepuestos en orden inverso del que exige la teoría. Ann hace poco que aplicaba esta clasificación á Argelia, que, sin embargo, por confesión de M. Cartailhac, no ha ofrecido nada que se le parezca.»

Por lo que mira á Italia, los más célebres paleonólogos del país, y al frente de ellos Pigorini director del Museo prehistórico de Roma, protestan contra semejante división, y dicen que en todas partes han hallado confusamente mezclados los tipos que Mortillet señala como sucesivos.

V. *Rendiconti della R. Accademia dei Lincei*, sesión del 16 de Enero de 1887.

M. de Mortillet, que siente la necesidad de salvar sus teorías, próximas á oscurecerse, ha negado sencillamente esos descubrimientos. Pero como éstos no por eso dejaron de presentarse con toda la brutalidad del hecho, se esforzó por conseguir el silencio de los autores: «Eliminad esta parte (los objetos incómodos) escribía á uno de aquellos, *y tendréis una bella página en la historia de la paleontología.*» Estas palabras halagüeñas recuerdan las de Satanás: *Haec omnia tibi dabo.* Pero, como el tentador del Evangelio, M. de Mortillet sólo miraba por sus propios intereses. El indócil adversario ha mantenido sus opiniones, con gran desesperación del jefe de la escuela prehistórica. Y no es solamente allende los Alpes, donde

Lo que sabemos de positivo es que los sílex del tipo llamado *Saint-Acheul* existen en gran abundancia entre las gravas en que domina el *E. primigenius*, y como éstas fueron, en su mayoría, depositadas durante el diluvio ó inmediatamente antes, según dejamos demostrado; debemos reconocer que hasta el gran cataclismo duró la edad *Acheuliana*. Las otras dos fingidas edades, que corresponden también á la época del *E. primigenius*, no pueden hallar cabida, y quedan por sí mismas desechadas (1).

los hechos rehusan prestarse á las exigencias de la teoría. Yo he señalado un número considerable de descubrimientos hechos en nuestro propio país, que van manifestamente en contra de ella.» (Hamard, en *La Science Catholique*, Mayo de 1887.)

Las palabras de Mortillet á su buen amigo italiano, no necesitan comentarios; revelan muy bien el carácter del autor y la fe que merecen todas sus afirmaciones. Cualquier hecho que cuadre con sus astutos designios, por muy aislado que sea, nos lo presenta siempre como general; los hechos contrarios, aunque sean muchos y muy repetidos y auténticos, siempre los tiene por falsos. Muchos ejemplos pudiéramos citar; pero las palabras arriba subrayadas nos dispensan de aducir más pruebas. Pueden con todo verse algunos en el núm. de Octubre de 1888 de la revista mencionada.

(1) Debemos con todo advertir que hay algunos yacimientos, considerados como *solutreanos* y aun *moustevianos*, y que sin embargo pertenecen sin duda alguna á la época de la Magdalena, y aun son quizá posteriores á ella: las restantes coinciden en un todo con los *chelleanos*. La misma estación de Solutré, considerada como tipo, es sumamente dudosa. El Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 57 y 58) lo reconoce y confiesa ingenuamente. «No sería imposible, escribe en primer

Por lo que hace á la cuarta edad ó de la *Magdalena*, ya hay bastante mejores fundamentos para separarla por completo. El mismo Mortillet lo reconoce muy bien, pues la contrapone á las otras tres reunidas. Divide toda la edad paleolítica en dos grandes secciones: *A) instrumentos de piedra; B) instrumentos piedra y hueso*. La primera la subdivide en tres fases, la segunda no puede

lugar, que esta estación fuera, como las de las grutas de Menton, más ó menos sincrónica de la de la Magdalena... Esa industria, que varía del Dordogne, á la cuenca del Saone, y á los bordes del Mediterráneo; está señalada en Italia, en Bélgica y en Inglaterra. Sus yacimientos son raros hasta el presente y *mal caracterizados*.» Y más adelante, después de haber examinado con gran detención el yacimiento de Solutré, concluye diciendo (p. 93 y 97): «Entre estas tumbas hay algunas de la edad de la piedra pulida, bien caracterizadas, una por un vaso esférico de tierra, adornado de cuatro asas, mamelonadas, y provistas de un agujero de suspensión, las otras por fragmentos de cerámica de aspecto neolítico. Una sepultura de la cumbre del otero, pertenece á los tiempos históricos; otra ha ofrecido el esqueleto de una joven con un collar de vidrio y una sortija de bronce, con cruz y letras grabadas; otros muchos cuerpos estaban en el mismo caso. En fin, el Sr. Arcelin recogió un fragmento de inscripción funeraria romana y ladrillos con reborde en los muros de una pequeña cavidad. Este autor reivindica para la edad del reno todos los casos de superposición exacta de tumbas y de hogares. El Sr. abate Ducrost atribuye á esta época los esqueletos que *él mismo* halló en esta situación; pero abandona á la edad de la piedra pulida, á los Galo-Romanos quizá, la mayor parte de los que exhumaron los Sres. Ferry y Arcelin... El Sr. Arcelin no sostiene ya la antigüedad de las tumbas con losas; el Sr. Ducrost abandona igualmente aun la tumba cerrada, que contiene, junto con el cuerpo humano, huesos de reno y cuchillos de sílex. Debieron recogerse estas

subdividirse y forma un todo perfecto y único; la época *Magdaleniana*, que por estar tan bien deslindada, es reconocida como tal, por casi todos los sabios.

Hé aquí el resumen que hace el Sr. Cotteau (1) de la exposición del Sr. Mortillet ante el Congreso de Bruselas: «La segunda subdivisión, es decir, la de *instrumentos* de sílex y de hueso, no comprende más que una época sola, la *época de la Magdalena*, durante la cual se manifiesta un gran progreso en la industria. Se trabajan aún los sílex, pero el hueso ha llegado á ser la materia principal, y sirve para fabricar los instrumentos más variados, y con frecuencia los más delicados. Se le esculpe cuidadosamente, y á esta época de la Magdalena es á la que pertenecen esos bastones de mando, esos

piezas durante la escavación de la fosa, y colocarse en el cajón con alguna preocupación supersticiosa, tanto más cuanto que se había puesto el cuerpo en un espeso lecho de cenizas, evidentemente tomadas de algún hogar vecino... En resumen, este cementerio de Solutré comprende sepulturas de épocas muy diversas; unas son merovingias, romanas, neolíticas. La edad de las otras *no puede determinarse*. Es muy posible que acá y allá haya esqueletos de los cazadores de renos, pero no tenemos un medio para reconocerlos con seguridad y distinguirlos. Nos falta el criterio estratigráfico y arqueológico, y no podemos recibir ninguna ayuda de la craniología.»

En la misma obra del Sr. Cartailhac, pueden verse otros varios ejemplos de yacimientos muy dudosos y complicados, y que se han tenido sin embargo por simplemente solutreanos ó mousterianos.

(1) *Le Préhistorique*, p. 110.

mangos de puñales, todos esos objetos de marfil, tan sencilla y tan maravillosamente grabados, recogidos en las cavernas del Périgord.»

El Sr. Lapparent la describe diciendo (1): «La última fase está caracterizada por una mucho mayor finura en el trabajo de los sílex, y por hallarse asociados los útiles de piedra con instrumentos de hueso ó de marfil adornados á veces de cinceladuras. El tipo existe en las cavernas de la Magdalena (Périgord) y de ahí el nombre de *Magdalénica*... Esta fase corresponde á la *edad del reno* (*Cervus tarandus*), asociado con el antilope saiga, la zorra argentada, la marmota, la rupicabra, el rebezo, y aun con el mammut en vía de desaparición (2). Á esta época corresponden las grutas y abrigos célebres de Eyzies, de Laugerie-Basse, de Bruniquel en la cuenca del Dordogne, y otros muchos de la región tolosana, del Arriège, de Saboya y de Bélgica. Allí se encuentran astas de reno esculpidas, lo mismo que pedazos de marfil, en que están figurados el reno y el mammut, provisto de crines.»

(1) *Géologie*, p. 1235.

(2) Ya hemos visto cuán problemática es la persistencia de algunos mammut, durante la edad del reno.

§. V. Á LA ÉPOCA DE LA MAGDALENA PRECEDE UNA COMPLETA INTERRUPCIÓN EN LA INDUSTRIA HUMANA.

Los perfeccionamientos de la industria en esta edad son notabilísimos, como acabamos de ver; á los sílex tallados de una manera tan rudimentaria, y á los poquísimos y malos instrumentos, que se pudieron fabricar con aquellas piedras, durante las dos largas edades del *E. antiquus* y del *E. primigenius*, suceden tantos, tan variados, tan originales, tan perfectos y tan artísticamente fabricados instrumentos de hueso y de marfil. Los sílex se tallan con una perfección que compite á veces con la de la época neolítica (1), y las bellas artes surgen del seno

(1) «La piedra, y casi únicamente el sílex, escribe el señor Cartailhac (*La France Préhistorique*, p. 58) se transforma en una serie de útiles, obras de una sorprendente sagacidad. Las láminas largas y delgadas, hábilmente arrancadas de los núcleos, y después retocadas por el choque ó la presión, se convierten en raspadores, sierras, buriles, bruñidores, y permiten llevar á su apogeo la industria del hueso... Se conservan millares de objetos de esta materia; los adornos ingeniosos y á veces elegantes, perlas y pendientes... Las puntas ó armaduras de flecha, de base puntiaguda, en bisel ó hendida, los arpones aplanados ó redondeados, provistos de barbas por uno ó por los dos lados, con base cónica ó con agujero, fabricados princi-

de las cavernas con un esplendor increíble, cual no pudieron alcanzar en épocas posteriores (1), entre otras civilizaciones muy avanzadas.—Los grabados del mammut y del reno, hechos por los trogoditas, dejan pasmados á los sabios, por la perfección y limpieza de las líneas; baste decir que un artista moderno, si bien principiante, quiso dibu-

palmente con asta de ciervo, y tantos otros objetos, tales como espátulas, bruñidores, bastones perforados... Las agujas hechas de huesos de pájaros, aguzadas, pulidas y finas como las nuestras, son numerosas y muestran cuál debía ser la importancia del traje y de su ornamentación... Las conchas traídas del Océano ó del Mediterráneo, los fósiles originarios de regiones extranjeras, los sílex traídos de yacimientos lejanos atestiguan relaciones comerciales ó la habitud que tenían estos pueblos de hacer largos viajes.»

(1) Según el Sr. Reinach, (*Description du musée de St. Germain*, p. 168 y 169) el carácter más curioso del arte de los trogloditas es el aislamiento en la serie de los tiempos. No se ve en nuestros países una tradición más antigua de la cual derive, y en la época de la piedra pulimentada, que siguió á la edad del reno, las artes del dibujo estaban casi enteramente olvidadas en la Europa central. *Proles sine matre creata, mater sine prole defuncta*; así llama, con profunda verdad, dicho sabio al arte de los moradores de las cavernas.

«La edad del reno, escribe el Sr. Cartailhac (*lug. cit.* p. 61) es el período artístico por excelencia de todos los tiempos prehistóricos. En otros el gusto de adornarse y las artes decorativas estarán en relación con el desarrollo natural y considerable de la agricultura y de la industria, de la verdadera y sólida riqueza; aquí sucede una cosa muy distinta, es una eflorescencia inesperada, sin precedente. Por vez primera el hombre dibuja, graba, esculpe, representa los seres vivientes que le rodean, con una estética maravillosa, y no olvida su propia imagen. Este es un acontecimiento en la historia de la humanidad.»

jar el cadáver de un mammut, que se halló íntegro y perfectamente conservado entre los hielos de la Siberia, pero su dibujo resultó notablemente inferior á los que hallamos en las cavernas, hechos por los hombres de la edad del reno (1).

¿De dónde vino la sorprendente civilización de esa edad, tan superior á las que le precedieron y tan sin ninguna relación con ellas? ¿De dónde vino, cuando precisamente acababa de depositar el loes, mediante un cataclismo extraordinario y una prodigiosa inundación, y cuando nuestros países se hallaban sometidos á un clima rigurosísimo, cual jamás han experimentado? ¿Se concibe que los pocos hombres que hubieran podido sobrevivir en Europa á aquella universal catástrofe, acertaran, en medio de las peores condiciones, á hacer repentinamente unos progresos tan notables, cuando sus antepasados, más favorecidos de la fortuna, apenas habían adelantado nada? Ésto sería el mayor absurdo.—La civilización de la edad del reno se introdujo en medio de condiciones las más fatales, y no podía ser un verdadero progreso, sino más bien una degeneración y un decaimiento; por otra parte, no guarda la menor relación con la que le precedió en Europa; es pues un simple resto de otra civilización avanzadísima, que anteriormente al di-

(1) V. Joly, *L'Homme avant les métaux*, p. 266.

ludio había existido por necesidad en el Asia, de donde toda luz nos venía.

Los trogloditas de la edad *del reno* son hombres venidos del Asia muy poco después del gran cataclismo que exterminó á casi toda la humanidad; son descendientes inmediatos de Cam, los cuales, ansiosos de buscar y recorrer tierras nuevas, se lanzaron á Europa, desafiando el frío y los rigores de aquel clima, y se extendieron por todo el continente en busca de su caza predilecta.

Vinieron cuando hacía aún muy poco tiempo que el loes se había depositado, y vinieron necesariamente en corto número, pues los pocos hombres que se salvaron del diluvio, no se habían multiplicado todavía de una manera considerable. Viviendo del todo aislados y esparcidos por el vasto continente, para que nadie les disputara la caza, tuvieron que decaer muchísimo de su primitiva cultura, como sucede siempre en semejantes casos; pero no tanto que olvidaran enteramente las artes y otros conocimientos útiles y prácticos que habían aprendido en el Asia. Sujetos por otra parte, á causa de los rigores del clima, á morar en las cavernas, supieron sacar buen partido de todos los materiales que allí tenían á la mano. Hallaban innumerables huesos de diferentes animales y preciosos colmillos de los grandes herbívoros, depositados entre el lodo de su habitación por las aguas del diluvio; y conociendo perfectamente las ventajas

que podían ofrecerles los instrumentos fabricados con aquellas excelentes materias, se dedicaron desde luego al arte de tallar los huesos y el marfil. Y salieron tan aventajados artistas, que muy pronto supieron hacer toda suerte de utensilios, con una delicadeza y una perfección que asombra.

«Los huesos, dice Quatrefages (1), las astas de ciervo ó reno, reemplazan poco á poco y casi enteramente á la piedra dura en la fabricación de los útiles y de las armas. El sílex no es ya más que un instrumento que sirve para dar la forma, ya de robustos arpones, provistos de puntas reservadas y encorvadas hacia atrás, ya de agujas casi tan finas como las nuestras y perforadas mediante un punzón agudo. Entre las manos de nuestros trogloditas, ese mismo sílex se convierte en un cincel, con el cual esculpen los mangos de puñal, hechos de marfil de mammut, ó en buril que les sirve para grabar, sobre el hueso y sobre la piedra, la imagen admirablemente fiel de los animales que les rodean... En suma, los trogloditas de que hablamos, han debido tener las mayores relaciones con los verdaderos *Pieles rojas*. Como estos últimos, estaban agrupados en tribus y obedecían á jefes, de los cuales se han hallado los bastones de mando, muy semejantes á los de los Indios de las riberas del Mackenzie. Pero los

(1) *Introduction á l'étude des races humaines*, p. 70.